

**DOMINGO I DE ADVIENTO (C)**  
**Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat**  
**29 de noviembre de 2015**

**Jer 33, 14-16; Sal 24, 4-5.8-9.10.14 (R. : 1b); 1 Tes 3, 12;4, 2; Lc 21, 25-28. 34-36**

Empezamos de nuevo el tiempo de Adviento, y con él retomamos el ciclo del año litúrgico. El movimiento de la Tierra alrededor del Sol nos acerca a los días más cortos del año y a las noches más largas. Hay pocas horas de luz y muchas de oscuridad, hace frío, parece que la vida se quiere esconder bajo tierra y es como si las plantas y los árboles redujeran al mínimo su vitalidad. A los que vivimos en un mundo tan sofisticado por la tecnología y los utensilios que nos alejan de la naturaleza, creo que nos haría bien descubrir, periódicamente, los ritmos cósmicos y nuestra estrecha vinculación con ellos, como seres vivientes que formamos parte de la creación.

Toda esta dinámica de la Naturaleza, que se va repitiendo año tras año, nos recuerda y nos hace presente a los cristianos otra realidad: la de la salvación que nos viene por la muerte y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Él es el Hijo de Dios hecho hombre que ha venido para renovar en nosotros la semejanza divina desfigurada por el pecado y la muerte. Pero, a diferencia de los ciclos cósmicos, como el de las estaciones, que se van repitiendo idénticamente cada año, el plan de Dios para salvarnos en Cristo tiene una dinámica y una dirección concretas. Comienza con la creación y se dirige hacia ese día, que llamamos "el fin del mundo", en el que vendrá *el Hijo del hombre sobre una nube, con poder y con una gran majestad*. Se refería a ello también San Pablo cuando, dirigiéndose a los cristianos de Tesalónica, los exhortaba a *ser santos y limpios de culpa ante Dios, nuestro Padre, el día que Jesús, nuestro Señor vendrá con sus santos*. Este "Hijo del hombre", al que se refería Jesús en el evangelio es Él mismo, el Señor y el Mesías, que ya había sido anunciado por los profetas. Lo hemos oído en la primera lectura, donde el profeta Jeremías consolaba al pueblo de Israel con palabras de esperanza: *En aquellos días y en aquella hora, suscitaré a David un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra... y la llamarán así: "Señor-nuestra-justicia"*.

La certeza de la segunda venida de Cristo, cuando vendrá con poder y con una gran majestad para instaurar plenamente su Reino y juzgar a vivos y muertos, debería marcar fuertemente la vida cristiana. Hasta el punto de que nuestra estancia en este mundo encuentra su sentido pleno si la situamos en el conjunto del plan de Dios, al que me refería antes: desde la creación hasta el fin de los tiempos, desde el origen de nuestra existencia hasta la eternidad donde esperamos poder participar plenamente de la visión de Dios y del desarrollo cumplido de nuestra condición humana. Esta certeza del fin del mundo, vivida a la luz de la fe cristiana, actúa como un polo de atracción muy intenso que nos atrae fuertemente y que nos la hace desear con todo el corazón. Aunque las imágenes con las que se refieren los autores bíblicos, y Jesús mismo en el evangelio, son de una gran intensidad cósmica y emotiva, el contenido de la revelación que quieren transmitir es de liberación, de consuelo, de fortaleza y de esperanza. Aunque haya *prodigios en el sol, en la luna y en las estrellas*, y que *el mar embravecido* asuste a los habitantes del mundo, los discípulos del Cristo podemos *levantar la cabeza bien alta, porque muy pronto seremos liberados*, porque sabemos que por la alianza de Dios con la casa de Israel, *será salvado al país de Judá y vivirá confiada la ciudad de Jerusalén*, es decir: la humanidad redimida nunca será abandonada por su Dios y Señor, que lo ha salvado en Jesús de Nazaret. Este polo que nos atrae fuertemente hacia el final de la historia, no nos hace desentendernos del presente. Es más, conviene que estemos *atentos sobre nosotros mismos*, que velemos y *estemos alerta orando en toda ocasión y pidiendo* que nos podamos *mantener en pie ante el Hijo del hombre*.

Este comportamiento se resume en el amor y en las buenas obras, que nos hacen semejantes a Cristo y nos abren a su Reino eterno. Que el Señor los haga crecer hasta rebosar en nuestros corazones. Amén.